

La creciente difusión de un fraude historiográfico: la negación de la conquista musulmana de la península ibérica

Denying the Islamic conquest of Iberia, an increasingly prevalent historiographical fraud

Alejandro GARCÍA SANJUÁN
Universidad de Huelva
sanjuan@uhu.es

Fecha de recepción: 12-2-2017
Fecha de aceptación: 6-11-2017

RESUMEN

La negación de la conquista de la península ibérica por los musulmanes a partir de 711 representa un fraude historiográfico que fue acuñado originalmente por Ignacio Olagüe, sobre todo a partir de la publicación en 1974 de *La revolución islámica en Occidente*. Pese a su naturaleza fraudulenta, en 2006 el arabista González Ferrín aceptó la validez de tales postulados, dando carta de naturaleza al fraude por vez primera en el ámbito académico. Como consecuencia, a partir de ese momento se aprecia una creciente difusión del mismo, así como de ciertas prácticas que van asociadas a él (en particular, un marcado antiacademicismo). El presente artículo plantea una revisión crítica de la evolución reciente del fenómeno negacionista, de modo particular en relación con el caso del medievalista V. Martínez Enamorado quien, bajo un aparente rechazo del fraude, realiza una contribución decisiva a su consolidación.

PALABRAS CLAVE: conquista musulmana, negacionismo, fraude historiográfico, antiacademicismo, Martínez Enamorado.

ABSTRACT

Denial of the conquest of Iberia by Muslims in 711 represents a historiographical fraud originally postulated by amateur Spanish historian Ignacio Olagüe, especially following the publication in 1974 of his book *La revolución islámica en Occidente*. In spite of its fraudulent nature, in 2006 Spanish Arabist González Ferrín endorsed Olagüe's approach, thus legitimizing this fraud for the first time within academia and fostering its diffusion and the practices associated with it, in particular a marked anti-academicism. The present article offers a critical review of the recent evolution of this phenomenon, particularly regarding the case of the Spanish historian V. Martínez Enamorado who, though apparently rejecting the fraud, makes a decisive contribution to its consolidation.

KEY WORDS: Islamic conquest, negationism, historiographical fraud, anti-academicism, Martínez Enamorado.

1. INTRODUCCIÓN

En el año 2013, la editorial Marcial Pons publicaba *La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado: del catastrofismo al negacionismo*, obra en la que pretendí realizar una revisión a fondo de la conquista islámica de 711, acontecimiento determinante en la historia peninsular, no sólo por ser el origen del al-Ándalus, sino también por el papel que ha tenido la recepción de dicha entidad histórica en la conformación de la memoria histórica nacional española. A este respecto, uno de los aspectos que abordé en dicho trabajo fue la crítica de tendencias historiográficas que han generado fuertes distorsiones sobre el correcto entendimiento de la conquista, tendencias que, en algunos casos, se vinculan con corrientes ideológicas de considerable influencia social y política, tales como el españolismo o el andalucismo.

Parte de mi labor crítica se centró en la tendencia que entonces denominé “negacionista”, ya que, básicamente, consiste en el rechazo de la conquista islámica como origen de al-Ándalus. Este fenómeno forma parte del “españolismo integrador”, que surge como respuesta a la visión excluyente de al-Ándalus generada en el nacionalcatolicismo españolista durante el siglo XIX¹. Su creador fue Ignacio Olagüe (1903-1974), un historiador diletante muy relacionado personalmente con figuras clave del fascismo anterior a la Guerra Civil (dedicó a Ramiro Ledesma Ramos su primera obra historiográfica, “en testimonio de eterna amistad”²). En 1969, Olagüe publicó en francés la primera versión monográfica de su manifiesto negacionista (*Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*), posteriormente editada en español bajo el título de *La revolución islámica en Occidente* (1974)³. En mi libro de 2013 caractericé el negacionismo como un fraude historiográfico, debido, sobre todo, a que se basa tanto en la manipulación de ciertas fuentes históricas como en el soslayo intencionado de otras.

La reedición en 2004 de *La revolución islámica en Occidente* por la editorial cordobesa Plurabelle (con la colaboración de la Junta de Andalucía) fue el primer síntoma de una “resurrección” de las ideas de Olagüe, a las que sólo dos años después, y por vez primera, el arabista E. González Ferrín otorgó marchamo académico en *Historia general de Al Ándalus*, obra respecto al que me pronuncié criticando su nefasta legitimación de los postulados negacionistas⁴. Por su parte, M. Fierro contribuyó a esta labor crítica con un magnífico artículo en el que, entre otras cosas, profundizaba en las fuertes conexiones ideológicas de dicho fenómeno, dados los vínculos de su creador con el españolismo fascista y la posterior recepción de sus ideas entre ciertos sectores del nacionalismo andaluz, tal y como acredita, en particular, la propia edición de *Historia general de Al Ándalus* en la editorial Almuzara, propiedad de Manuel Pimentel, reconvertido en paladín de Blas Infante desde su salida del gobierno de Aznar en 2003⁵. También se sumó al grupo de los críticos el medievalista J. Sánchez Herrero, con un artículo publicado en la misma fecha de la edición de mi monografía⁶.

1 A. García Sanjuán, “Al-Ándalus en la historiografía del nacionalismo españolista. Entre la España musulmana y la Reconquista (siglos XIX-XXI)”, en D. Melo Carrasco y F. Vidal Castro (eds.), *A 1300 años de la conquista de al-Ándalus. Historia, cultura y legado del islam en la península ibérica*, Coquimbo (Chile), Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones, 2012, pp. 65-104.

2 I. Olagüe, *La decadencia española*, Madrid, Mayfe, 1950-1951, 4 vols.

3 He analizado el proceso de edición de ambas obras en “Ignacio Olagüe y el origen de al-Andalus: génesis y edición del proyecto negacionista”, *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 24 (2018), en prensa.

4 Reseña publicada en *Medievalismo*, 26 (2006), pp. 327-332.

5 M. Fierro, “Al-Ándalus en el pensamiento fascista. *La revolución islámica en Occidente* de Ignacio Olagüe”, en M. Marín (ed.), *Al-Ándalus/España. Historiografías en contraste, siglos XVII-XXI*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 325-349.

6 J. Sánchez Herrero, “¿Nació el Islam en España?”, *Hispania Sacra*, LXV, Extra I (enero-junio 2013), pp. 7-28.

Puede decirse, por lo tanto, que ya antes de 2013 había comenzado a desarrollarse un proceso historiográfico de cierta entidad que, a tenor de la reacción de los medios académicos, mi monografía contribuyó a alimentar, y que se ha manifestado en la publicación de casi una veintena de reseñas y artículos que incluyen valoraciones de mis planteamientos sobre la conquista de 711. Entre las primeras destacan las aparecidas en medios académicos nacionales y realizadas por autores como F. García Fitz⁷, L. Molina⁸ e I. Martín Viso⁹, a las que se añaden algunas otras¹⁰, mientras que, en las revistas internacionales, las principales revisiones han corrido por cuenta de J. Lorenzo¹¹ y D. K. Filios¹².

De forma más extensa se han expresado otros investigadores, entre ellos P. Guichard¹³, K. B. Wolf¹⁴ y E. Manzano¹⁵, autores de artículos que, desde diversos enfoques, se han pronunciado sobre los resultados de mi monografía en el marco de los estudios sobre la conquista de 711 y de la crítica del fenómeno negacionista.

Como decía, algunos de dichos trabajos han sido el origen de un debate historiográfico en el que han participado los autores citados. En este sentido, en 2014 tuve oportunidad de responder al artículo de Wolf¹⁶, originalmente aparecido en inglés, en la misma revista que publicó su traducción al castellano¹⁷. Este texto fue el origen de una réplica del propio González Ferrín¹⁸, el cual, al mismo tiempo, fue contestado por L. Molina¹⁹. De forma similar, la revista *Medieval Encounters* editó la respuesta que elaboré a las críticas formuladas por J. Lorenzo en una reseña de esa misma revista²⁰.

La más reciente contribución a este debate historiográfico ha sido realizada por el medievalista Virgilio Martínez Enamorado. Aunque se publica formalmente como una

7 *Anuario de Estudios Medievales*, 44/1 (2014), pp. 558-562.

8 *Medievalismo*, 25 (2015), pp. 455-459.

9 *Hispania*, 252 (2016), pp. 276-281.

10 F. Maíllo Salgado, *Studia Historica. Historia Medieval*, 32 (2014), pp. 276-280; R. Valverde Castro, *Studia Historica. Historia Antigua*, 32 (2014), pp. 310-315; J. Elices Ocón, "711: verdades y mentiras", *Revista Historia Autónoma*, 8 (2016), pp. 149-152.

11 *Medieval Encounters*, 20-3 (2014), pp. 273-275.

12 *Speculum*, 90-1 (January 2015), pp. 252-253.

13 P. Guichard, "Retour sur le problème historiographique de la conquête arabe de l'Andalus", *Arabica*, 62/6 (2014), pp. 769-782.

14 K. B. Wolf, "Negating negationism", *Pomona Faculty Publications and Research*. Paper 394. http://scholarship.claremont.edu/pomona_fac_pub/394 (Consulta: 19-10-2017).

15 E. Manzano Moreno, "De cómo los árabes realmente invadieron Hispania", *Al-Qantara*, 35/1 (2014), pp. 311-319. El mismo autor desarrolla algunos de sus argumentos en una breve reseña editada en la prensa digital: "¿Realmente invadieron los árabes Hispania?", *El País, Blog Historia(s)*, 13 febrero 2014: <http://blogs.elpais.com/historias/2014/02/invasionhispania.html> (Consulta: 16-9-2017). Una traducción al inglés de este texto en I. Morris, "Did the Arabs really invade Hispania?", http://www.iandavidmorris.com/did_the_arabs_really_invalidate_hispania/ (Consulta: 19-10-2017).

16 A. García Sanjuán, "La tergiversación del pasado y la función social del conocimiento histórico", *Revista de Libros*, 9 julio 2014: <http://www.revistadelibros.com/discusion/la-tergiversacion-del-pasado-y-la-funcion-social-del-conocimiento-historico> (Consulta: 19-10-2017).

17 K. B. Wolf, "La conquista islámica. Negacionar el negacionismo", *Revista de Libros*, 9 Octubre 2014, <http://www.revistadelibros.com/articulos/la-conquista-islamica> (Consulta: 19-10-2017).

18 E. González Ferrín, "Sobre al-Ándalus, el islam, la conquista", *Revista de Libros*, 28 julio 2014: <http://www.revistadelibros.com/discusion/sobre-al-andalus-el-islam-la-conquista> (Consulta: 19-10-2017).

19 L. Molina, "La conquista de al-Ándalus, tergiversada. ¿Mala ciencia, ensayo, ficción?", *Revista de Libros*, 1 septiembre 2014: <http://www.revistadelibros.com/discusion/la-conquista-de-al-andalus-tergiversadamala-ciencia-ensayo-ficcion> (Consulta: 19-10-2017).

20 A. García Sanjuán, "Response to Jesús Lorenzo", *Medieval Encounters*, 21 (2015), pp. 136-138.

recensión, sus más de cincuenta páginas de extensión lo convierten, de lejos, en la más prolija de las reacciones suscitadas por mi monografía²¹. Resulta obvio que un texto de tan infrecuente amplitud no puede entenderse como una mera crítica de un trabajo ajeno. Bajo la apariencia de un rechazo frontal de las ideas de Olagüe, lo que Martínez Enamorado plantea es, en realidad, mucho más que eso. Se trata, a mi juicio, de una nueva legitimación académica del negacionismo, que viene a sumarse a la de González Ferrín y se desarrolla mediante una estrategia que incluye varios procedimientos. En las páginas siguientes me propongo identificar los mecanismos a través de los cuales Martínez Enamorado ejecuta esta operación.

2. EL NEGACIONISMO, ¿MERO “ESPANTAJO” O PREOCUPANTE FRAUDE HISTORIOGRÁFICO?

La primera fase de la estrategia de Martínez Enamorado para legitimar el negacionismo no brilla por su originalidad, pues consiste, sencillamente, en rechazar de plano su propia existencia. Se trata, sin duda, de un recurso clásico, ya que no hay procedimiento más elemental y efectivo para justificar una determinada realidad o situación que negarla.

Los planteamientos del autor a este respecto no admiten muchos matices y consisten en minimizar a Olagüe y sus “ridículas teorías” hasta reducirlos a la categoría de un mero “espantajo”²². En efecto, a su juicio el impacto de *La revolución islámica en Occidente* resulta “mínimo entre los historiadores que se dedican al período de formación de al-Ándalus”²³, de tal modo que “si se quiere buscar tal incidencia en algún espacio de debate habremos de recurrir a Internet y a la inmensidad de información de toda naturaleza que contiene”²⁴.

No mucho más innovador resulta el segundo expediente al que Martínez Enamorado recurre. Desde su punto de vista, mi denominación del fraude historiográfico creado por Olagüe representa un “constructo semántico inaceptable”²⁵: “es del todo inaceptable la jerga de ‘negacionismo’ para referirse a aquellos que cuestionan –o simplemente rechazan– la conquista musulmana de al-Ándalus”²⁶. En este caso, el autor se remite al bien conocido aforismo que establece que “lo que no se nombra no existe”, el mismo que aplican los políticos que, cuando deben aludir a un compañero de partido acusado de corrupción, olvidan repentinamente su nombre y pasan a referirse a él como “esa persona”.

El objetivo de esta estrategia se antoja bastante obvio y consiste en desactivar cualquier posible crítica al negacionismo. Tratándose de un mero “espantajo”, resultaría de todo punto injustificable dedicarle la menor atención. A partir de aquí, Martínez Enamorado desarrolla su descalificación global de mi libro, cuyo alcance, en una lectura reduccionista similar a la que realiza sobre dicho fenómeno, quedaría limitado a una crítica de las ideas de Olagüe. Al centrarse de manera exclusiva en un asunto carente de toda relevancia (en realidad, inexistente), mi trabajo sería totalmente prescindible: “Si este es el resultado de decenas, de centenares de páginas sobre la conquista islámica de al-Ándalus, se convendrá que para ese viaje tan corto no se precisaban de alforjas tan repletas”. Pero esa irrelevancia no solamente se deriva de su condición de mera refutación de un fenómeno inexistente, sino también de la “simpleza y parvedad apabullantes” alcanzadas “las más de las veces”

21 *Albahri, entre Oriente y Occidente*, 2 (2016), pp. 175-227. El mismo autor publica una versión “corta” en catalán de este artículo en la revista *Recerques. Història. Economia. Cultura*, 71 (2016), pp. 202-209.

22 *Ibidem*, p. 185.

23 *Ibidem*, p. 177.

24 *Ibidem*, p. 184.

25 *Ibidem*, p. 219.

26 *Ibidem*, p. 178.

en mis conclusiones²⁷, de tal modo que la obra carece por completo de toda aportación novedosa: “este libro no deja de ser en buena medida un ejercicio bastante previsible y vacuo en la obtención de resultados nuevos sobre el acontecimiento de la conquista del año 711 que podría y debería haberse resuelto con un despliegue menor de esfuerzos y erudición, puestos a trabajar unos y otra en mejores causas”²⁸. En definitiva, mi estudio, a su juicio, otorga “exageradamente” a las ideas de Olagüe una relevancia que no logra “ver por ningún lado”²⁹. Por todo ello, no duda en concluir que mi crítica sobre “el espantajo del negacionismo” resulta “absolutamente contraproducente”³⁰.

Este amplio conjunto de apreciaciones, que conforman una auténtica enmienda a la totalidad, se complementan con su juicio personal sobre mi intención al haber escrito una obra que no solamente es “desmesurada”, sino que, además “peca de un indisimulado oportunismo”, una auténtica “apuesta por lo fácil: desmentir y criticar severamente lo evidentemente desmentible y criticable, sin proponer alternativas ante la complejidad, por la naturaleza de las fuentes y por la escasez y fragmentación del registro arqueológico, de ese proceso de formación de al-Ándalus”³¹. En definitiva y parafraseando mi propio libro, dicho autor me acusa de haber creado otro “tinglado”, antítesis del anterior, el del “anti-negacionismo”³².

Al margen de otras consideraciones, parece necesario comenzar señalando lo que constituye una obvia contradicción en los planteamientos de Martínez Enamorado, el cual incurre en aquello que critica: si mi réplica al negacionismo resulta irrelevante e innecesaria, no se entiende muy bien que el autor se haya tomado la molestia de refutarlo mediante un extenso texto de más de cincuenta páginas, el más amplio, con mucha diferencia, de la no escasa literatura generada a raíz de la publicación de mi libro. De hecho, no conozco antecedentes de la existencia de una recensión de esta envergadura. Alguien, tal vez, podría llegar a considerar que se trata de una “desmesura”.

Por lo demás, los planteamientos del autor suscitan una sencilla cuestión. ¿Es el negacionismo, realmente, un mero “espantajo”, como pretende Martínez Enamorado o constituye, en realidad, un notorio y creciente fraude historiográfico, como yo afirmo? La respuesta a esta pregunta ya la di en mi monografía de 2013, pero me parece relevante retomarla al hilo de los argumentos del citado autor, tan infundados y erráticos que ni siquiera acierta a citar de forma correcta el título de la obra de su creador (*La revolución islámica de Occidente y La revolución de Occidente*)³³.

De entrada, conviene insistir en la necesidad de llamar a las cosas por su nombre. Frente a lo que sostiene Martínez Enamorado, el concepto de “negacionismo” no puede, en ningún caso, ser definido como “constructo semántico inaceptable” ni, mucho menos aún, como mera “jerga”. En efecto, se trata de una noción totalmente aceptada en los medios historiográficos, ya que cuenta con una tradición de treinta años de existencia desde que fuese acuñado en 1987 por el historiador francés Henry Rousso (*The Vichy Syndrome*). Buen síntoma de ello radica en su inclusión en el diccionario de la RAE, que lo define así: “actitud que consiste en la negación de hechos históricos recientes y muy graves que están generalmente aceptados”. Se trata, por lo tanto, de un concepto historiográfico perfectamente acreditado.

27 *Ibidem*, p. 186.

28 *Ibidem*, p. 219.

29 *Ibidem*, p. 183.

30 *Ibidem*, p. 219.

31 *Ibidem*, p. 185.

32 *Ibidem*, p. 188.

33 *Ibidem*, pp. 177 y 181.

El rechazo hacia dicho concepto muestra, por lo tanto, las originales peculiaridades de los planteamientos de Martínez Enamorado. Cuestión muy distinta es que se acepte o no que la noción de negacionismo se aplique a las ideas de Olagüe, tal y como yo sostengo. Resulta obvio que, según la antes citada definición, la tradición historiográfica principal relativa a este concepto se remite a “hechos históricos recientes y muy graves”, en particular aquellos en los que están implícitos crímenes de guerra y genocidios. No obstante, sólo desde una perspectiva reduccionista puede pretenderse su limitación exclusiva a un ámbito historiográfico específico. Así lo ha recordado recientemente la Fundéu BBVA (asesorada por la RAE) cuando indica que “los términos negacionismo y negacionista son válidos en alusión a las doctrinas que niegan algún hecho importante que está generalmente aceptado, en especial si es histórico o científico”³⁴.

En realidad, no he sido el primero en aplicar la denominación de “negacionismo” a ideas similares a las propugnadas por Olagüe. En una reseña publicada hace años sobre el libro de Y. D. Nevo y J. Koren, *Crossroads to Islam: The Origins of the Arab Religion and the Arab State* (2003), el historiador británico Colin Wells comparaba los planteamientos de dichos autores con los de los que niegan el Holocausto: “like Holocaust deniers the authors don't merely question some aspects of the consensus view, they reject it wholesale”³⁵.

Por lo demás, existen estudios académicos que revelan la operatividad de este concepto respecto a contextos históricos muy diversos. Valga al respecto el ejemplo de *Die Leugnung der Geschichtlichkeit Jesu in Vergangenheit und Gegenwart* (“La negación de la historicidad de Jesús en el pasado y presente”), obra publicada en 1926 por Arthur Drews (1865-1935) o, mucho más recientemente, el del orientalista e indólogo belga Koenraad Elst, *Negationism in India: Concealing the Record of Islam* (1992)³⁶.

Más aún, en la actualidad, el concepto de “negacionismo” no se circunscribe, en exclusiva, a contextos historiográficos, sino que se extiende a tendencias que pretenden cuestionar distintos postulados científicos. Tal es el caso, en particular, del negacionismo del VIH/sida, del cambio climático o de la teoría de la evolución (creacionismo). Así lo acredita, por ejemplo, su creciente utilización periodística, como revela el célebre libro del norteamericano Michael Specter, *Denialism: How Irrational Thinking Hinders Scientific Progress, Harms the Planet, and Threatens Our Lives* (2009). De este modo, el concepto ha adquirido carta de naturaleza en el lenguaje periodístico como forma de designar, por ejemplo, a los sectores que rechazan la existencia del cambio climático, tanto en inglés³⁷ como en español³⁸, así como a otros fenómenos, por ejemplo el denominado “negacionismo genético”³⁹.

34 “Negacionismo y negacionista, para la negación de hechos”: <http://www.fundeu.es/recomendacion/negacionismo-y-negacionista-para-la-negacion/> (Consulta: 30-10-2017).

35 Bryn Mawr Classical Review 2004.02.33: <http://bmcr.brynmawr.edu/2004/2004-02-33.html> (Consulta: 20-10-2017).

36 La obra está disponible en Internet: <http://koenraadelst.bharatvani.org/books/negaind/> (Consulta: 26-2-2018).

37 “Why GOP climate denialism matters less and less”, *The Washington Post*, 11 Diciembre 2013: https://www.washingtonpost.com/blogs/plum-line/wp/2013/12/11/why-gop-climate-denialism-matters-less-and-less/?utm_term=.81a7f6bc5696 (Consulta: 20-10-2017).

38 “Casi 400 científicos atacan el negacionismo climático de Trump”, *El País*, 4 Noviembre 2016: http://elpais.com/elpais/2016/09/21/ciencia/1474466455_828451.html (Consulta: 20-10-2017). “Trump elige a un negacionista del cambio climático para dirigir la NASA”, *El País*, 5 Septiembre 2017: https://elpais.com/elpais/2017/09/05/ciencia/1504620640_525456.html (Consulta: 5-9-2017).

39 “Genetic denialism is unhelpful-genes play a role in who we are”, *The Guardian*, 4 Marzo 2016: <https://www.theguardian.com/science/sifting-the-evidence/2016/mar/04/genetic-denialism-is-unhelpful-genes-play->

En definitiva, al contrario de lo que pretende Martínez Enamorado, no parece haber motivo alguno que justifique lo que, a todas luces, constituye un mero prejuicio, a saber, el rechazo a aplicar el concepto de “negacionismo” a una tradición historiográfica que, mediante la manipulación de los testimonios históricos, niega unos determinados hechos del pasado, en este caso la conquista musulmana de 711. Asimismo, frente a lo que dicho autor afirma, existen argumentos consistentes que permiten comprobar la creciente difusión de estas ideas, tanto dentro como fuera del ámbito académico.

Para empezar, conviene recordar la reciente reedición de *La revolución islámica en Occidente* a comienzos de 2017⁴⁰, trece años después de la publicada por otra editorial de Córdoba, Plurabelle, en 2004. Esta nueva edición aparece en la también cordobesa Almuzara, en la que González Ferrín realizó la primera legitimación académica del negacionismo. La coincidencia no puede, en modo alguno, ser casual, y nos permite confirmar lo que ya se intuía en 2006. Asistimos a un auténtico proyecto de resurrección y difusión de las ideas de Olagüe vinculado al andalucismo que promueve el propietario de la editorial, Manuel Pimentel, el cual ha manifestado públicamente su adhesión a los desvaríos del autor de *La revolución islámica en Occidente*⁴¹.

Dicho esto, conviene tener en cuenta también la acreditada capacidad de Martínez Enamorado para contradecirse a sí mismo. En efecto, el autor nos informa de que, “en una reciente visita a la República Islámica de Irán (febrero de 2014)” pudo comprobar personalmente “el interés existente hacia la obra del ensayista Olagüe por cierta intelectualidad del país”, tanto que “el libro ha sido, además, recientemente traducido al farsi”, de tal manera que incluso “*La revolución de Occidente* [sic] se ha convertido en una obra fundamental para tratar de explicar la historia nacional iraní”⁴². Siguiendo la lógica de Martínez Enamorado, debemos entender que tanto el hecho de que el libro de Olagüe haya sido traducido al farsi, un idioma que hablan más de cien millones de personas en hasta nueve países distintos, como el de que en al menos uno de ellos (Irán) se haya convertido en una “obra fundamental”, son factores que explican por qué las ideas negacionistas deben considerarse un mero “espantajo”.

La traducción al farsi de *La revolución islámica en Occidente* viene a añadirse a las previamente existentes en otros tres idiomas (francés, español y árabe), de tal forma que Olagüe puede ahora ser leído en cuatro lenguas distintas que, en conjunto, suman más de mil millones de hablantes a nivel mundial, un hecho en sí mismo suficientemente significativo a la hora de valorar el nivel de difusión que pueden alcanzar sus ideas. Por lo demás, esta apabullante contradicción de Martínez Enamorado revela su afán por minimizar la toxicidad inherente al fenómeno negacionista en tanto que manifestación de una forma de distorsión ideológica del pasado.

A estas contradicciones, Martínez Enamorado añade argumentos que se rebaten por sí solos. En efecto, para acreditar el carácter innecesario de mi refutación del negacionismo, el autor acude al caso paralelo de otro fraude científico, el creacionismo. A su juicio,

a-role-in-who-we-are (Consulta: 20-10-2017).

40 Dicha reedición lleva en la portada dos títulos. El principal es el de la versión española (*La revolución islámica en Occidente*), pero se añade como subtítulo el de la versión francesa, primero traducido al español (*Los árabes jamás invadieron España*) y después en su lengua original, aunque escrito de forma incorrecta (*Les arabes n'ont pas envahi l'Espagne*, en lugar de *Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*). Esta descuidada presentación prolonga lo que constituye el auténtico “hecho diferencial” del negacionismo desde sus orígenes, la falta de rigor.

41 M. Pimentel, “El al-Ándalus que llevamos dentro”, *El País* (Andalucía), 28 Febrero 2008.

42 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 181.

desmentir tópicos constituye una obligación de cualquier académico y así, por ejemplo, se ven obligados a hacerlo de manera habitual biólogos, médicos y otros científicos. Sin embargo, continúa dicho autor, a ninguno de ellos se le ocurriría “malgastar el tiempo” en, por ejemplo, refutar los ridículos argumentos de los creacionistas⁴³. La comparación entre el negacionismo y el creacionismo resulta muy oportuna, pero justo por lo contrario de lo que Martínez Enamorado pretende, ya que son varios los investigadores que han decidido “malgastar” su tiempo en publicar estudios específicamente dirigidos a refutarlo, de los cuales bastará citar aquí a algunos de los más conocidos⁴⁴.

En realidad, la tendencia dominante en la actualidad va justo en la dirección contraria de lo que plantea el citado medievalista. En pleno auge de nociones tan tóxicas como “posverdad” y “hechos alternativos”, hay síntomas que acreditan una creciente conciencia de la existencia de una auténtica ofensiva contra la ciencia y de la necesidad de combatirla. Se trata de algo que los historiadores, como miembros de la comunidad científica, no pueden ignorar, pese a que, lamentablemente, algunos no parezcan entenderlo.

Los ejemplos hasta aquí citados son suficientes para evidenciar la sinrazón de los planteamientos de Martínez Enamorado, pero no agotan el conjunto de argumentos que permiten hablar de una continua difusión de las ideas negacionistas. Muy al contrario de lo que dicho autor pretende, el alcance actual de este fenómeno no se limita en exclusiva al caso de González Ferrín, ni al ámbito del arabismo. Obviamente, no tendría ningún sentido repetir aquí las evidencias, ya registradas en mi monografía, que permiten comprobar la recepción del negacionismo entre sectores muy diversos, sobre todo a raíz de la publicación en 2006 de *Historia general de Al Ándalus*. Me limitaré, por lo tanto, a mencionar algunos ejemplos que se refieren al período posterior a 2013, fecha de edición de mi citado libro.

Una de las manifestaciones de la creciente aceptación del fraude negacionista radica en su recepción en ámbitos académicos diversos. En un trabajo de 2014 relativo a la proyección iconográfica y epigráfica del debate doctrinal entre islam y cristianismo en la Península, S. Calvo, acreditada especialista en historia del arte islámico y autora de excelentes trabajos relativos a la arquitectura de al-Ándalus, invoca a González Ferrín de la forma siguiente: “En las traducciones de esos textos orientales con frecuencia se ha interpretado el término ‘sarraceno’ como ‘musulmán’, lo que ha conllevado una falsa visión de los hechos; el término ‘musulmán’ no se generalizó al menos hasta la época abasí”⁴⁵.

Resulta llamativo que al hablar de “falsa visión de los hechos”, Calvo no lo haga aplicándolo al fraude negacionista promovido por González Ferrín. En lugar de ello, acusa la influencia de una de las falacias más burdas que nutren dicho fraude, la relativa a la terminología de las fuentes no árabes para designar a los conquistadores musulmanes. Desde Olagüe, los negacionistas afirman la existencia de un estadio previo al que denominan “Islam como tal”, caracterizado por la presencia de “premusulmanes” o “protomusulmanes”. En realidad, si fueran coherentes con sus propias falacias, tendrían que aportar los textos o fuentes en las que se registran estos términos, que no son, en realidad, más que meros constructos semánticos producto de la fértil imaginación de dichos autores.

43 *Ibidem*, p. 184.

44 R. Dawkins, *The Blind Watchmaker: Why the Evidence of Evolution Reveals a Universe without Design*, Londres, Norton, 1986; B. Forrest y P. R. Gross, *Creationism's Trojan Horse: The Wedge of Intelligent Design*, Oxford, Oxford University Press, 2004; L. R. Godfrey (ed.), *Scientists Confront Creationism: Intelligent Design and Beyond*, Nueva York y Londres, Norton, 2008.

45 S. Calvo Capilla, “La Mezquita de Córdoba, San Isidoro de León y el debate doctrinal entre asociadores (cristianos) y agarenos (musulmanes)”, en M. E. Varela y G. Boto (eds.), *Islam y Cristiandad. Civilizaciones en el mundo medieval*, Gerona, Institut de Recerca Històrica de la Universitat de Girona, 2014, p. 111.

Otros especialistas en historia del arte han proclamado de forma mucho más explícita su plena adhesión a “la opinión de González Ferrín que pone en solfa la versión oficial de la llegada de los musulmanes a la Península”⁴⁶. El citado arabista también ha encontrado seguidores en el ámbito de la antropología, uno de cuyos destacados integrantes afirma que González Ferrín prolonga “lo razonable” de las teorías Olagüe, respecto a cuya obra lamenta el “ataque en toda regla” que, a su juicio, elabora M. Fierro en su ya citado artículo⁴⁷. Desde la misma disciplina se invocan, sin citar a su autor, algunas de las ideas del fundador del negacionismo, por ejemplo, la supuesta continuidad de lo que dicho autor denominaba “sincretismo arriano”, fase previa a la afirmación del “verdadero” Islam: “es preciso tener presente que, a muchos efectos, el islamismo estaba menos alejado del cristianismo unitarista (Dios es uno), ampliamente difundido en la Bética y definido como herético, que del cristianismo trinitarista (las tres personas de Dios) de la religión oficial del Estado visigodo”⁴⁸.

Los casos citados, a los que podrían añadirse otros en los que, por falta de espacio, no puedo detenerme⁴⁹, confirman un extremo al que me referí en mi monografía de 2013⁵⁰. Las ideas de Olagüe, al proceder de un autor aficionado, apenas tuvieron repercusión en el ámbito académico de su época. Sin embargo, a raíz de su adopción por González Ferrín han experimentado un cambio de estatus radical, adquiriendo el “caché” del que antes carecían, lo cual permite que se hayan extendido entre investigadores profesionales, un fenómeno que, sin duda, acentúa enormemente la toxicidad del fraude.

Pero la gravedad del negacionismo no sólo se vincula con su creciente penetración en el ámbito académico, sino también con su continua aceptación fuera del mismo, cuestión que en absoluto cabe considerar inocua o baladí, pues resulta obvio que la labor investigadora de los historiadores profesionales sólo tiene sentido si logra alcanzar a la sociedad en la cual y para la cual se elabora el conocimiento histórico. A este respecto, merece la pena mencionar el caso de *La invención del pasado. Verdad y ficción en la historia de España*, obra en la que M. A. Murado no duda en realizar una abierta apología de las ideas negacionistas. En efecto, según dicho autor, la “explicación tradicional” del origen de al-Ándalus es considerada la más razonable “únicamente porque se ha repetido con mayor frecuencia”, aunque, en realidad, no es mucho más sólida que la de Olagüe”, dado que “no tenemos testimonios contemporáneos y fiables que nos cuenten lo que ocurrió”⁵¹. De manera muy significativa, esta obra no sólo fue reseñada de forma muy favorable

46 A. Uscatescu y J. C. Ruiz Souza, “El “occidentalismo” de Hispania y la *koiné* artística mediterránea (siglos VII-VIII)”, *Goya*, 347 (2014), nota 15. Junto a S. Calvo Capilla, Ruiz Souza dirige en la Universidad Complutense de Madrid el proyecto de investigación “Al-Ándalus, los Reinos Hispanos y Egipto: arte, poder y conocimiento en el Mediterráneo medieval. Las redes de intercambio y su impacto visual”, del que forma parte González Ferrín, junto a otra decena de investigadores. Véase: <https://www.ucm.es/al-andalus-reinos-hispanos-y-egipto/equipo> (Consulta: 20-9-2017).

47 J. A. González Alcantud, *El mito de al-Ándalus*, Córdoba, Almuzara, 2014, pp. 61 y 101-102.

48 I. Moreno y M. Delgado Cabeza, *Andalucía: una cultura y una economía para la vida*, [s.l.], Atrapasueños Editorial, 2013, p. 21. Los autores no registran entre sus referencias la obra de Olagüe, pero sí la de González Ferrín.

49 R. A. Norma Durán, “Identidades de España: el concepto de Reconquista visto en la historiografía de los siglos XVI al XIX”, *Historia y Grafía*, 45 (julio-diciembre 2015), p. 222, nota 2.

50 A. García Sanjuán, *La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado*, Madrid, Marcial Pons, 2013, p. 126.

51 M. A. Murado, *La invención del pasado. Verdad y ficción en la historia de España*, Barcelona, Debate, 2013, p. 36.

en un importante medio de comunicación nacional⁵², sino que fue elegida como “mejor ensayo de historia de España” por un reputado catedrático de Historia Moderna en una encuesta realizada por el mismo diario en la que participaron prestigiosos editores literarios e historiadores nacionales⁵³.

Más recientemente, otra manifestación de la creciente difusión y aceptación de las falacias del negacionismo la encontramos en el documental *Las llaves de la memoria*, realizado en 2016 por el director andaluz Jesús Armesto y cuyo argumento (“Sofía, una joven estudiante universitaria, inicia su tesis con la que pretende descubrir la auténtica historia de su pueblo, Andalucía”)⁵⁴, explica la participación en el mismo del propio González Ferrín, erigido en auténtico desvelador, vía Olagüe, de la “auténtica historia de su pueblo”.

A mi juicio, la mejor evidencia de lo que, en realidad, subyace a la reducción del negacionismo a la categoría de mero “espantajo” viene dada por la propia literatura académica, respecto a la cual Martínez Enamorado adopta idéntica actitud que la de los promotores del fraude. En efecto, una de las características que singulariza a Olagüe y González Ferrín radica en su habitual soslayo, no sólo de las fuentes históricas, sino de toda la producción elaborada por especialistas y que contradice sus disparatadas propuestas. Esto es, justamente, lo que hace Martínez Enamorado quien, en su extensísima recensión, opta por ignorar olímpicamente toda la amplia literatura generada en torno a dicho fenómeno, tanto a raíz de la publicación del libro de González Ferrín (2006) como, posteriormente, con la edición de mi monografía en 2013. Debe recordarse que en este debate han participado expertos tan acreditados como M. Fierro, E. Manzano, P. Guichard, L. Molina o J. Lorenzo, por citar sólo a los más directamente asociados a los estudios andalusíes.

En realidad, esto no significa que Virgilio Martínez no haya leído nada sobre el fenómeno negacionista, sino que sus conocimientos al respecto se reducen (aparte de mi monografía), al *blog* de Joan Manel Ramírez (“Rodríguez”, según el autor), el cual dedica una entrada a mi libro que comienza con el párrafo siguiente:

Fue hace años, cursando aún la licenciatura de Historia en la Universitat de Barcelona, cuando oí por primera vez de la obra de Ignacio Olagüe Videla (1903-1974), *La revolución islámica de Occidente* [sic], publicada póstumamente en 1974. Luego leí *Al-Ándalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente* de Pierre Guichard (Granada: Universidad de Granada, 1998 2ª edición) y llegué a la conclusión que la obra negacionista de Ignacio Olagüe no merecía que le dedicase ni medio minuto de mi atención, pues su lugar en las bibliotecas debía estar junto a los libros sobre ufología, el Club Bilderberg y similares⁵⁵.

52 F. J. Herrero, “La falsa Tizona, el falso Don Pelayo”, <http://blogs.elpais.com/historias/2014/01/esp%C3%B1a-sin-tizona-y-don-pelayo.html> (Consulta: 20-9-2017). El autor es documentalista de *El País* y licenciado en Historia Moderna y Contemporánea.

53 “Largo Caballero y *Las historias de España*, mejores obras de 2013”, <http://blogs.elpais.com/historias/2013/12/los-mejores-libros-de-historia-de-2013.html> (Consulta: 20-9-2017).

54 Véase la web de la productora: <http://www.almutafilm.com/es/las-llaves-de-la-memoria/> (Consulta: 30-10-2017). Asimismo: ‘Las llaves de la memoria, un documental que niega la conquista árabe del 711 y busca la raíz de la identidad mestiza en Andalucía’, *Público*, 24 Octubre 2017 (Consulta: 30-10-2017).

55 “Ignacio Olagüe. Negacionismo e Historia” (27-3-2014): <https://diariodelibros.wordpress.com/2014/03/27/ignacio-olague-negacionismo-historia/> (Consulta: 21-9-2017). Según Martínez Enamorado (p. 185, nota 10), el cual no aporta la LRU de esta referencia, este sitio web se llama “Mi blog de libros”, aunque, en realidad, su verdadero nombre es “Mi diario de libros”.

Al margen de que confunda los nombres del *blog* y de su autor, resulta muy significativo que Martínez Enamorado acuda como argumento de autoridad (califica sus palabras sobre Olagüe de “absolutamente pertinentes”⁵⁶) a la opinión de un *blogger*, no ya por el preocupante nivel que revela respecto a sus referencias, sino debido a que vuelve a contradecirse, pues en el mismo artículo no duda en denunciar “los desvaríos en Internet” y “las falacias aberrantes que circulan por la red”⁵⁷. Peor aún, Martínez Enamorado denota poseer una escasa comprensión lectora, ya que convierte las palabras de Ramírez en justo lo contrario de lo que realmente dicen. En efecto, a continuación del citado párrafo, el *blogger* desarrolla una valoración muy positiva de mi libro, calificándolo de “excelente estudio”. Tan es así que, aunque su opción inicial fue no dedicar “ni medio minuto” de su atención al libro de Olagüe, su posición cambió radicalmente a raíz de la lectura de mi estudio, dedicándole otras dos entradas más en su *blog*, que se suman a la anterior, en las cuales lo cita de forma constante⁵⁸. Resulta, pues, que Martínez Enamorado no sólo prescinde de toda la literatura académica sobre el negacionismo, sino que, además, lee incorrectamente (¿o manipula?) la única fuente que invoca para afirmar la naturaleza innecesaria de mi refutación y, por lo tanto, en su lectura reduccionista, la condición prescindible de mi libro.

Teniendo en cuenta su total desinterés por la producción bibliográfica académica y su llamativa dependencia de autores no especializados, no resulta nada extraño comprobar que la perspectiva de Martínez Enamorado sobre el negacionismo esté en las antípodas de la de los sectores historiográficos más acreditados, entre los cuales la existencia de dicho fenómeno no ha pasado, en absoluto, desapercibida, claro síntoma de que no se considera que sea un mero “espantajo”.

A las contribuciones específicamente surgidas a raíz de la publicación de mi estudio de 2013 y citadas al comienzo del artículo cabe añadir otras. Así, por ejemplo, dos especialistas en la España contemporánea como J. Álvarez Junco y G. de la Fuente le dedican un párrafo al comienzo del volumen 12 de la *Historia de España* dirigida por J. Fontana y R. Villares, no dudando en calificarlo de “historiador aficionado” y “autor atrabiliario”⁵⁹. Para valorar correctamente la importancia de esta referencia debe tenerse en cuenta que se inserta en una obra de divulgación dirigida a un público amplio, tanto a una audiencia general culta como a estudiantes y profesores de historia, humanidades y, en general, ciencias sociales.

No muy distinto es el resultado si dirigimos nuestra atención hacia el ámbito internacional, por ejemplo en la tradición anglosajona, donde tampoco las ideas de Olagüe han pasado inadvertidas, a pesar de que *La revolución islámica en Occidente* no ha sido traducida al inglés y de que, como es bien sabido, dicha historiografía suele mostrar una escasa proclividad hacia las publicaciones en español. Así lo revelan monografías recientes que no son obra, precisamente, de investigadores de segundo nivel. Me refiero, en primer lugar, a Chris Wickham, autor de la que ha de ser durante bastante tiempo síntesis de referencia sobre la Alta Edad Media⁶⁰. De manera similar, aunque en un nivel más específico, los

56 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 185.

57 *Ibidem*, p. 184.

58 “Ignacio Olagüe. Historia y pervisión de las fuentes literarias” (10-4-2014): <https://diariodelibros.wordpress.com/2014/04/10/ignacio-olague-fuentes-literarias/>. “Ignacio Olagüe. Piedras y patrañas” (1-6-2014): <https://diariodelibros.wordpress.com/2014/06/19/ignacio-olague-piedras-y-patranas/> (Consulta: 21-5-2017).

59 J. Álvarez Junco y C. P. Boyd, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Madrid, Crítica, 2013, pp. 17-18.

60 C. Wickham, *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo 400-800*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 91 y 149.

desvaríos de Olagüe tampoco quedan al margen de la monografía más reciente sobre la expansión islámica, obra del también británico R. Hoyland⁶¹, trabajo que, siguiendo su línea habitual, Martínez Enamorado soslaya por completo, en la enésima manifestación de su extrema dejadez en el manejo de las referencias especializadas y de su notoria desconexión respecto a la producción académica más reciente.

A estas referencias cabría añadir otras, insisto, todas ellas procedentes de trabajos publicados con posterioridad al año 2013, cuando se produce la aparición de mi, según Martínez Enamorado, prescindible e innecesario libro. Así, en sendas publicaciones de revisión y reflexión historiográfica sobre al-Ándalus, la reputada arabista Manuela Marín integra la recepción de las ideas negacionistas en la tradición académica española y, además, comparte mi caracterización de las mismas como fraude historiográfico⁶². En fin, el propio P. Guichard, quien, según Martínez Enamorado, dejó totalmente resuelta la crítica al negacionismo en su artículo de 1969⁶³, no ha dejado de referirse al mismo a lo largo de toda su trayectoria, no sólo en el artículo que dedicó a mi libro (antes citado), sino, también en la *Historia de los españoles* publicada en Francia a mediados de los ochenta y traducida posteriormente al castellano⁶⁴, así como en la reciente reedición de su síntesis de la historia de al-Ándalus, en la que, además, identifica explícitamente mi monografía como la causa que motiva esa referencia⁶⁵. Más aún, ya en la versión previa de esta síntesis, publicada en 2002, el medievalista francés planteaba abiertamente que las ideas de Olagüe “merecerían un examen más profundo”⁶⁶, desmintiendo, así, de nuevo, a Martínez Enamorado.

Resulta, sin duda, llamativo que autores tan importantes, y con perspectivas e intereses tan diversos como Álvarez Junco, Wickham, Hoyland, Marín o Guichard (más todos los citados al comienzo del artículo) opten por lo contrario que propone Martínez Enamorado, es decir, ignorar el negacionismo. El hecho de que relevantes representantes de distintas tradiciones académicas consideren suficientemente importante dicho fenómeno como para hacerse eco de su existencia, a pesar de su amplio descrédito académico y de haber sido formulado hace casi medio siglo en su versión francesa original, pone de manifiesto que los planteamientos de Martínez Enamorado están absolutamente desligados de los de la historiografía actual más solvente.

Esta realidad se aprecia, asimismo, en su crítica a mi propuesta de la existencia de dos tradiciones literarias en las fuentes escritas (latinas y árabes), que responden, respectivamente, a las visiones de vencedores y vencidos, que el autor califica, nada menos, que de “discurso simplificador de “guerracivilismo”⁶⁷. En el más reciente estudio sobre la expansión islámica, antes citado, Hoyland se refiere de la forma siguiente al relato

61 R. G. Hoyland, *In God's Path. The Arab Conquest and the Creation of an Islamic Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2015, p. 147, nota 8, aunque cita de forma incorrecta el libro del fundador del negacionismo.

62 M. Marín, “Reflexiones sobre el arabismo español: tradiciones, renovaciones y secuestros”, *Hamsa. Journal of Judaic and Islamic Studies*, 1 (2014), pp. 1-17; *ídem*, “Reinventing the History of al-Andalus: Scholarship, the Media and a touch of Islamophobia”, en S. Brentjes y otros (eds.), *1001 Distortions. How (Not) To Narrate History of Science, Medicine and Technology in Non-Western Cultures*, Würzburg, Ergon, 2016, pp. 83 y 89.

63 Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 219.

64 P. Guichard, “Nacimiento del islam andalusí”, en P. Bonnassie y otros, *Las Españas medievales*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 57.

65 P. Guichard, *Esplendor y fragilidad de al-Ándalus*, Granada, Fundación El Legado Andalús, 2015, pp. 9-10 y 19-20.

66 P. Guichard, *De la expansión árabe a la Reconquista: esplendor y fragilidad de al-Ándalus*, Granada, Fundación El Legado Andalús, 2002, p. 20.

67 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 179.

de las fuentes árabes: “The problem with this narrative is not so much that it is wrong, but that, like all histories told from the standpoint of the victors, is idealizing and one-sided”. Poco más adelante, añade: “The second element that needs to be put back is the voices of the vanquished and of the non-Muslim conquerors”⁶⁸.

Por lo tanto, mi perspectiva viene a coincidir con la de uno de los mejores especialistas actuales en *Early Islam*, invalidando, así, los planteamientos de Martínez Enamorado. No sólo es incierto que “nadie lo ha planteado en unos términos tan explícitos”⁶⁹, sino que, además, lejos del “discurso simplificador” que me atribuye, la coincidencia con Hoyland revela que se trata de una nueva manera de entender el relato de las fuentes literarias, mostrando, a la vez, la escasa familiaridad del autor con las tendencias historiográficas más recientes y acreditadas respecto a los orígenes del Islam.

El manifiesto desinterés por la literatura especializada, sustituida por el recurso a referencias carentes de toda clase de relevancia académica, así como su desconexión respecto a los planteamientos historiográficos más recientes y solventes, constituyen un primer síntoma de la convergencia de Martínez Enamorado con el negacionismo. Parece, pues, razonable concluir que su reducción a la condición de mero “espantajo” constituye, en realidad, una estrategia dirigida a sentar las bases para la posterior legitimación de sus postulados centrales.

3. EL DISCURSO ANTIACADÉMICO Y LA APOLOGÍA DEL DILETANTISMO

El acreditado desdén de Martínez Enamorado por las opiniones de los especialistas sobre el negacionismo tiene una segunda vertiente, complementaria a ella y coherente con sus perspectivas, muy afines a las de los promotores del fraude. Me refiero tanto a sus enormes dificultades para apreciar las diferencias existentes entre la práctica historiográfica profesional y la desarrollada por aficionados como a su predilección por la segunda de ellas, tal y como ya sugiere el caso comentado anteriormente, en el que adopta como referencia principal la opinión de un *blogger*.

Este aspecto se inserta en el marco de un discurso más amplio en el que Martínez Enamorado, al hilo de ciertas observaciones, realizadas en mi monografía de 2013 a favor de la historiografía profesional y en contra de la actividad de aficionados como el propio Olagüe, desarrolla un furibundo ataque, plagado de descalificaciones, contra los investigadores universitarios españoles, en general, así como de la propia Universidad española, ensalzando, en cambio, la labor realizada por aficionados.

Antes de entrar a comentar y valorar sus apreciaciones, debo indicar que mi experiencia ininterrumpida de más de veinte años en la Universidad española me otorga cierta experiencia respecto a los problemas que la aquejan, algo que, de hecho, se refleja en mi trayectoria investigadora, en la que he manifestado opiniones críticas hacia actitudes y prácticas que, desde mi punto de vista, son inaceptables desde una perspectiva académica. Una de ellas, precisamente, es el negacionismo, aunque podrían citarse otros ejemplos⁷⁰. La crítica a la Universidad y a las malas prácticas de algunos de sus integrantes resulta, pues, no sólo legítima, sino absolutamente necesaria. Muy distinto es, en cambio, convertir eso en un instrumento para justificar la actuación de aficionados o, peor aún, para legitimar fraudes historiográficos como el negacionismo.

68 R. Hoyland, *In God's Path...*, pp. 2-3.

69 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 179.

70 A. García Sanjuán, “El Grial de León, entre la Historia y la fantasía”, *Revista de Libros*, 23 Noviembre 2015: <http://www.revistadelibros.com/resenas/el-grial-de-leon-entre-la-historia-y-la-fantasia> (Consulta: 22-6-2017).

En España, la cualificación que acredita la plena capacidad de un investigador constituye un nivel académico que, en cualquiera de las ramas del conocimiento, tan sólo otorga la Universidad, pues ni siquiera el CSIC, una institución de capital importancia en la investigación científica desarrollada en nuestro país, puede proporcionarlo. Esta elemental y sencilla observación se convierte, en boca de Martínez Enamorado, nada menos que en una “ofensa hacia un buen número de investigadores que desarrollan su actividad al margen de la Universidad”⁷¹.

Henchido de indignación y denunciando lo que denomina mi “prejuicio academicista”⁷², mi “solipsismo” y mi “severa ortodoxia a la hora de entender lo que es la Academia”, dicho autor se lanza a un desaforado e inédito ataque antiacadémico y antiuniversitario en el que no deja títere con cabeza. Para Martínez Enamorado, la Universidad española se caracteriza, entre otros aspectos, todos negativos, por su “ensimismamiento”, al igual que “muchos de sus profesores” un profesorado al que desdeña calificándolo como “el grupo de los privilegiados”⁷³, dado que ocupa “situaciones laborales no obtenidas, por cierto, casi siempre de una manera transparente”⁷⁴. Esta acusación se vuelve a repetir en otra ocasión, cuando, en un tono claramente irónico, alude a la Universidad como “un arquetipo de prestigio internacional con un sistema de acceso de una inigualable pulcritud”⁷⁵.

Paralelamente a esta descalificación global de la Universidad, Martínez Enamorado hace una encendida defensa del conocimiento extraacadémico, propio, al parecer, de “una sociedad que, debido a los medios tecnológicos y de comunicación, tiende cada vez más a la horizontalidad; por tanto, a rechazar de plano relaciones que consagren jerarquías injustificadas como, incluso, la pertenencia a una institución como la Universidad (y dentro de la misma, a las actividades humanísticas), no sobrada precisamente de crédito social ni de resultados”⁷⁶.

La inesperada coda de este discurso antiacadémico y de su apasionada defensa del amateurismo historiográfico desemboca en un específico caso individual. Se trata de A. Brea Balsera, autor de una breve reseña sobre *La revolución islámica en Occidente* en la que denotaba una actitud totalmente acrítica respecto al fraude negacionista. En efecto, dicho autor se congratulaba por la reaparición en 2004 del citado libro (“oportunamente reeditado”) y añadía que las ideas de Olagüe representaban “un desafío abierto a la historia ‘oficial’ del Islam, repetida mecánicamente durante siglos”⁷⁷. Dada su evidente falta de criterio y su amateurismo como investigador, me referí en mi monografía a este autor como “aficionado ajeno al gremio profesional”⁷⁸, calificación que representa el desencadenante del discurso de Martínez Enamorado.

El célebre historiador británico E. H. Carr decía que “cuando llega a nuestras manos un libro de historia, nuestro primer interés debe ir al historiador que lo escribió, y no a los datos que contiene”⁷⁹. Huelga decir que, al referirme a Brea Balsera como “aficionado ajeno al gremio profesional”, mi intención no consistía, en absoluto, en centrar mi crítica en él,

71 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 190.

72 *Ibidem*, p. 190.

73 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 187.

74 *Ibidem*, p. 196.

75 *Ibidem*, p. 190.

76 *Ibidem*, p. 189.

77 “Conjeturas sobre el Moro Musa”, *Mercurio* (enero 2005), p. 13.

78 A. García Sanjuán, *La conquista islámica...*, p. 104.

79 E. H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, 1993, p. 67.

dada su absoluta irrelevancia académica, sino que pretendía mostrar la facilidad con la que se difunden las ideas negacionistas, incluso entre sectores con cierta formación, aunque carentes por completo de la capacidad investigadora suficiente para formular juicios críticos fundamentados respecto a problemas historiográficos complejos tales como, por ejemplo, los orígenes del Islam.

Martínez Enamorado acompaña su diatriba antiacadémica de una encendida apología de Brea Balsera. En efecto, su jeremiada comienza reduciendo a la nada su desnortada opinión respecto a las ideas de Olagüe con el argumento de que “no deja de ser una pieza literaria más de las generadas a partir de la edición de la obra *La revolución islámica de Occidente* [sic]”⁸⁰. Resulta curiosa esta minimización de la opinión de Brea Balsera por parte de quien pretende erigirse en su apologista, pero se trata, sin duda, de uno más de los típicos vaivenes del investigador malagueño.

A continuación, Martínez Enamorado se refiere a mi “lacerante crítica que ocupa varios párrafos”, no dudando en señalar que me lanzo sobre la presa “sin piedad”, con “belicoidad inmisericorde digna de un *berseker*” y sin reparar en la posición de “supremacía académica” que me confiere mi condición de profesor titular de Historia Medieval en la Universidad de Huelva. “Desmesura, rayana en la grosería”, “dicterios fatuos e innecesarios y “deriva peligrosa y sectaria” son los calificativos que Virgilio Martínez emplea para referirse a mi caracterización de Brea Balsera como “aficionado ajeno al gremio profesional”, a lo que añade la acusación de “caer en la tentación fácil (y sablista) de descalificar a todo aquel cuyas ideas no sean de nuestro agrado como “aficionado” si tiene los estudios que lo acreditan como licenciado en la materia”, una “desmesura”, pues, “tan virulenta como prescindible”. En definitiva, no duda en censurar mi error al “juzgar irresponsablemente” a Brea Balsera como amateur e “intrusista” [sic], dada la condición de licenciado en Historia de dicho autor y su condición de titular de una plaza de profesor de secundaria ganada en oposición pública (“reñidas oposiciones, normalmente”, según Virgilio Martínez)⁸¹.

Después de esta amplia batería de descalificaciones, parece legítimo preguntarse de qué lado caen las actitudes groseras. Al margen de ello, todo este asunto revela una preocupante confusión de Martínez Enamorado respecto al concepto de práctica historiográfica profesional, lo cual nos obliga a realizar ciertas aclaraciones, en realidad bastante obvias y elementales. No todo licenciado en Historia es un profesional de la historia, ni mucho menos de la investigación histórica. Hay cientos de licenciados y graduados en Historia cuyas dedicaciones profesionales nada tienen que ver con su formación universitaria. Tampoco, evidentemente, la mera dedicación docente en un centro de enseñanza primaria o secundaria (por muy “reñidas”, como afirma Martínez Enamorado, que hayan sido las oposiciones para obtener esa posición) otorga cualificación alguna en el plano investigador, ya que la plena capacidad investigadora, única que permite producir conocimiento histórico especializado y formular opiniones autorizadas sobre problemas y debates historiográficos académicos, requiere una formación y una cualificación muy superiores a las de un licenciado o graduado, que es la que se exige para desempeñar dichas funciones docentes.

Por mucho que le pese a Martínez Enamorado, resulta evidente que Brea Balsera no es un investigador profesional, no sólo por su exigua trayectoria en el ámbito académico, sino por sus propias manifestaciones públicas, como veremos a continuación. Parece lógico admitir que, si no es profesional, sólo puede ser aficionado. Por lo tanto, al contrario de lo que pretende Martínez Enamorado desde su corporativismo, mi consideración de

80 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 191.

81 *Ibidem*, pp. 191-192.

Brea Balsera como “aficionado ajeno al gremio profesional” (nunca me he referido a él como “intrusista”) no representa ninguna descalificación individual, sino que constituye una caracterización objetiva y justificada de un determinado autor, al igual que la de “diletante”, que precisamente define a quien “cultiva algún campo del saber, o se interesa por él, como aficionado y no como profesional”, según el diccionario de la RAE.

Al identificarse de esta forma tan explícita con la actividad realizada por aficionados, el autor malagueño vuelve a coincidir con los postulados de González Ferrín, el cual basaba su apología de Olagüe, precisamente, en su condición de diletante:

Ignacio Olagüe (1903-1974) es un inclasificable, y quizá por eso no se admite su aportación intelectual más allá de citas ocasionales arrancadas de un mal resumen de su obra publicado en francés: *Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, por obra y gracia de Jean Baert y –según parece– encargo del mismísimo Ferdinand [sic] Braudel. El ninguneo al autor responde, en primer lugar, a algo que el entorno universitario jamás perdona: Olagüe no procedía de la Universidad. Y es que este autor comete la mayor ofensa concebible en una taifa universitaria: venir de fuera y plantear preguntas⁸².

Ese “algo que el entorno universitario jamás perdona” recuerda poderosamente a “la posición de supremacía académica” con la que Martínez Enamorado pretende descalificar mis críticas a un aficionado como Brea Balsera. Desde esa supuesta “heterodoxia” que, en realidad, no es más que una mera “pose” pseudoantiacadémica, González Ferrín pretende presentarse a sí mismo como un paladín antisistema cuyo propósito es desvelar unas verdades sistemáticamente ocultadas por los rutinarios y aburridos “historiadores oficiales”⁸³ con su supuesta “postura oficial”⁸⁴ (expresión similar a la usada por Brea Balsera), reduciendo la aportación de arabistas y medievalistas a una mera “labor narrativa” (eso sí, “ingente”)⁸⁵, cuando no descalificando de forma despectiva a los segundos como meros “legajistas”⁸⁶.

Obviamente, este discurso falso y burdo no penetra fácilmente en los medios académicos, pero sí lo hace de manera mucho más fluida en los no académicos, así como entre los más jóvenes, entre ellos, los estudiantes universitarios, quienes con toda lógica pueden sentirse atraídos por un mensaje que, en apariencia, resulta novedoso y pretende derribar viejos muros que anquilosan el conocimiento histórico. La posverdad se presenta, así, como desvelamiento de un conocimiento conscientemente ocultado por el Poder (en este caso, académico) para asegurar su posición hegemónica.

Si analizamos brevemente algunos de los pronunciamientos de Brea Balsera, su apasionada defensa por parte de Martínez Enamorado cobra una dimensión aún mucho más significativa, sobre todo si atendemos a su muy peculiar forma de entender el conocimiento

82 E. González Ferrín, *Historia general de Al Ándalus*, Córdoba, Almuzara, 2006, p. 81, nota 47.

83 E. González Ferrín, “Al-Ándalus: del mito asumido al Renacimiento”, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 58 (2009), pp. 383, 387 y 388; *idem*, “Historiología del Islam y al-Ándalus: entre el post-Orientalismo y la Historia Oficial”, *Imago Crítica*, 3 (2011), pp. 57-73; *idem*, “La encrucijada del Islam (y de la Islamología)”, *Erebea*, 5 (2015), p. 81.

84 E. González Ferrín, “La Antigüedad Tardía islámica: crítica al concepto de conquista”, B. Franco y otros (eds.), *Frontera Inferior de al-Ándalus. IV Jornadas de Arqueología e Historia Medieval*, vol. 2, Mérida, Mérida Consorcio Ciudad Monumental Histórico-Artística y Arqueológica, 2015, p. 37.

85 E. González Ferrín, “El año 711: consecuencias tomadas como causas”, *Anales de Historia del Arte*, 22 (2012), p. 173.

86 E. González Ferrín, *Historia general de Al Ándalus...*, p. 259; *idem*, “Al-Ándalus: del mito asumido al Renacimiento...”, p. 387; *idem*, “711-2011: Al-Ándalus revisitado”, D. Melo Carrasco y F. Vidal Castro (eds.), *A 1300 años de la conquista de al-Ándalus...*, p. 108.

histórico y la práctica historiográfica. Ofendido, al parecer, por haber sido caracterizado como “aficionado ajeno al gremio profesional”, Brea Balsera reaccionó en 2014 con la publicación de un texto en el que afirmaba sentirse atacado “de modo feroz” (en lo que coincide con Martínez Enamorado) y que está plagado de burdas descalificaciones e injustificados exabruptos, muy similares, por cierto a los proferidos por el citado medievalista⁸⁷.

En ese texto, Brea Balsera (que se quejaba de que mi valoración de su reseña se basaba en “argumentos *ad hominem*”) no duda en concluir que mis consideraciones obedecen a “inexplicables rencores de un profesor de una universidad de provincias”, una declaración que, dada su elocuencia, no requiere de mayores comentarios. Asimismo, la argumentación de Brea Balsera vuelve a poner de manifiesto su diletantismo, que se aprecia en distintos aspectos. Por ejemplo, no tiene empacho alguno en reconocer que, al asumir el encargo de la realización de la reseña del libro de Olagüe, se limitó a cumplir con el encargo profesional de “promoción” del libro, “señalando algunos aspectos importantes de su biografía, mostrando al lector las líneas maestras del contenido de la obra y elogiando los aspectos positivos que en ella vi”. Ni el más mínimo atisbo, pues, de actitud crítica, algo que resulta perfectamente lógico, pues ello exige una formación especializada de la que Brea Balsera carece.

Si, con toda probabilidad, dicha actitud acrítica explica la naturaleza profundamente esperpéntica del texto de Brea Balsera, no resulta menos cierto que este texto posee, al menos, un aspecto de indudable interés, cual es el de ratificar la vinculación del negacionismo con el fascismo, tal y como puso ya de manifiesto M. Fierro en 2009. En el plano ideológico, esa afinidad quedaba de manifiesto en la dependencia de Olagüe respecto al autor alemán Oswald Spengler (1880-1936), autor de *La decadencia de Occidente* y gran admirador de Mussolini⁸⁸. En el ámbito personal, Olagüe dejó constancia explícita de su gran cercanía personal respecto a Ramiro Ledesma Ramos, como ya señalé al comienzo del artículo.

Brea Balsera vuelve a poner de manifiesto este fenómeno, reiterando que, lejos de ser algo anecdótico, el negacionismo plantea conexiones de fondo con la ideología fascista. Así lo sugiere, en primer lugar, cuando, en tono acusador, me califica de “confeso seguidor de los medievalistas marxistas Barbero y Vigil”. De este modo, da a entender que ser “confeso seguidor” de dichos investigadores constituye un descrédito de suficiente calado como para convertirlo en argumento descalificador. Sin comentarios.

A esta “acusación” de seguidor de “medievalistas marxistas” se añade otro hecho que, a mi juicio, no cabe considerar, en absoluto, como anecdótico o irrelevante. El texto de Brea Balsera se publica en *Altar Mayor*, órgano de expresión de la Hermandad de la Santa Cruz y Santa María del Valle de los Caídos, presidida por el historiador franquista Luis Suárez Fernández y cuya finalidad, según sus propios estatutos, consiste en “mantener vivo el mensaje de paz y reconciliación que pregona el grandioso símbolo cristiano erigido en Cuelgamuros”⁸⁹.

Si, después de esto, podía quedar alguna duda sobre la afinidad de Brea Balsera con el fascismo, él mismo se encarga de despejarlas a través de una carta al director publicada en la prensa escrita en 2003 en la que, invocando su condición de “profesor de Historia”, elabora una encendida apología de José Antonio Primo de Rivera, al que no sólo glorifica de forma indisimulada, calificándolo como “político e intelectual del siglo pasado”, sino que lo justifica eximiéndolo de cualquier síntoma o atisbo de afinidad con la violencia, olvidando, al parecer, su tristemente célebre apelación a la dialéctica “de los puños y las pistolas”⁹⁰.

87 A. Brea Balsera, “Conspiracionismo y negacionismo en torno a al-Ándalus”, *Altar Mayor*, 24 (julio-agosto 2014), pp. 681-685.

88 Respecto a esta dependencia, véase A. García Sanjuán, *La conquista islámica...*, pp. 87-88.

89 <http://www.hermandadvalle.org/quienes-somos/estatutos/92-presentacion> (Consulta: 22-6-2017).

90 *ABC* (Sevilla), 16 marzo 2003, p. 10.

En este punto, conviene retomar la defensa que Martínez Enamorado hace del trabajo de Brea Balsera para plantearnos hasta dónde llega la sintonía entre ambos autores, no pudiendo descartarse que en ella se incluyan los posicionamientos historiográficos del admirador de José Antonio Primo de Rivera, en los que se unen dos caras de una misma moneda, la afinidad con las ideas negacionistas y la glorificación y justificación del fascismo.

El fuerte discurso antiacadémico y antiuniversitario de Martínez Enamorado se vincula a otros aspectos, no menos reveladores de su peculiar concepción de la práctica historiográfica. En efecto, para dicho autor “la historia tiene una parte nada desdeñable de carácter creativo y literario” y además “los límites de lo que es y lo que no es historia son siempre difusos y laxos”⁹¹, al igual que sucede con la propia práctica historiográfica, ya que “los límites en el ejercicio de la profesión de historiador son difusos”⁹². Estas observaciones probablemente ayudan a entender por qué, al abordar la problemática que plantea el fenómeno historiográfico negacionista, Martínez Enamorado haya decidido prescindir por completo de la literatura académica.

Sin embargo, en realidad, esa naturaleza “difusa” no se verifica “siempre”, ya que, por ejemplo, a juicio de Martínez Enamorado “no hay duda” de la naturaleza extraacadémica de la obra de Olagüe⁹³. Aunque, evidentemente, comparto por completo el juicio del autor, la afirmación no deja de ser significativa, una vez más, del escaso rigor con el que maneja sus categorías.

En efecto, Martínez Enamorado me critica por haberme referido a la condición “ajena al ámbito académico” de autores como A. Domínguez Ortiz y Caro Baroja. Con esa expresión, tal vez poco matizada, pretendía, simplemente, referirme a la ausencia de vínculos estables entre dichos investigadores y el ámbito universitario, sin ninguna clase de connotación peyorativa hacia sus respectivas labores⁹⁴. En su estilo habitual, el autor retuerce esta sencilla constatación en el marco de su panfletario discurso antiuniversitario, acusándome de aplicar un criterio “cicatero y cegato” y recordando la pertenencia de ambos investigadores a distintas academias nacionales e internacionales⁹⁵. Una vez más, el autor incurre en lo que critica, no sólo por su rotunda afirmación de la naturaleza extraacadémica de la obra de Olagüe, que contradice su pretensión del carácter difuso de la relación entre lo académico y lo extraacadémico, sino porque, además, soslaya que Olagüe fue miembro de la *Sociedad Internacional para el Estudio Comparado de las Civilizaciones* (ISCSC, en sus siglas inglesas), al mismo tiempo que A. Toynbee o P. Sorokin, entre otros⁹⁶.

En definitiva, para no alargar en exceso este asunto, baste decir que la pertenencia al ámbito académico, aparte de ser, obviamente, una cuestión de cualificación profesional, se basa, más que en adscripciones institucionales de uno u otro tipo, en algo tan sencillo y elemental como el consenso entre iguales. Desde esta perspectiva no deben existir muchas dudas del lugar en el que se sitúan autores como Olagüe o Brea Balsera.

4. EL ALINEAMIENTO CON LOS PLANTEAMIENTOS NEGACIONISTAS

Los argumentos que permiten afirmar el alineamiento de Martínez Enamorado con los planteamientos negacionistas no se limitan a su desdén por la literatura académica y su

91 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 183.

92 *Ibidem*, p. 187.

93 *Ibidem*, p. 183.

94 A. García Sanjuán, *La conquista islámica...*, p. 119.

95 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 190.

96 A. García Sanjuán, *La conquista islámica...*, p. 80.

apasionada defensa del amateurismo historiográfico, ni tampoco a su deprimente concepto de la Historia como “actividad creativa y literaria” o a los, a su juicio, “difusos límites de la profesión de historiador”. Más allá de todos estos aspectos, en sí mismos enormemente elocuentes respecto a su manera de entender el ejercicio de la práctica historiográfica, existe otro elemento que revela, de manera incluso mucho más inequívoca, que la afinidad de Martínez Enamorado con las ideas de González Ferrín dista de ser algo puntual o casual.

Antes de entrar en esa cuestión, debe indicarse que Martínez Enamorado se esfuerza por marcar las distancias de manera explícita con Olagüe y su obra, “provocadora y aberrante al mismo tiempo, pero sobre todo de un nulo valor académico”⁹⁷, lo cual le lleva a afirmar su “visión plenamente negativa, sin matices, de la obra de Olagüe”⁹⁸, que insiste en calificar como “extra-académica y propia de un palmario desvarío”⁹⁹. Frente a esta aparente actitud crítica hacia el autor de *La revolución islámica en Occidente*, brilla por su ausencia, en cambio, toda referencia similar a González Ferrín a lo largo de su extensísima recensión, algo que sólo desde una cándida ingenuidad cabría considerar como meramente casual, sobre todo tratándose de un autor que, como hemos tenido oportunidad de comprobar, no duda en proferir toda clase de improperios contra quienes no comparten sus planteamientos.

De hecho, Martínez Enamorado vincula la negación de la conquista de forma prácticamente exclusiva con Olagüe, evitando de manera cuidadosa realizar menciones explícitas a González Ferrín. Habla, así, de “Olagüe y sus seguidores”¹⁰⁰, “las disparatadas ideas de Olagüe”¹⁰¹, “los planteamientos de Olagüe” y sus “ridículas teorías”¹⁰², “la explicación de Olagüe”¹⁰³, “las inspiraciones ideológicas de Olagüe”¹⁰⁴, “la fabulación de Olagüe”¹⁰⁵ y “el desvarío de Olagüe”, para concluir su artículo preguntándose, de forma retórica, si “era necesario todo esto para rebatir a Olagüe”¹⁰⁶. Tan sólo en una oportunidad alude a ambos autores mencionando la naturaleza fraudulenta de sus postulados y, de igual manera, en una única ocasión se refiere de manera peyorativa a González Ferrín¹⁰⁷.

Resulta evidente el diferente tratamiento otorgado por Martínez Enamorado a dichos autores. Pero no sólo eso, sino que, además, echa un capote a González Ferrín cuando afirma que en mi monografía doy “excesiva” cuenta de su obra¹⁰⁸. Esta amplia benignidad hacia el más conspicuo epígono académico de Olagüe resulta mucho más grave si tenemos en cuenta la decisiva contribución de dicho arabista a la difusión del fraude negacionista, al haber sido el responsable de su introducción, con carta de naturaleza, en las aulas universitarias. La completa omisión por Martínez Enamorado de todo atisbo de referencia a este vergonzoso escándalo académico retrata a la perfección a dicho autor. Bien pensando, en realidad hay poco de lo que sorprenderse, dado su total desprecio hacia dicho ámbito, como hemos visto anteriormente.

97 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 177.

98 *Ibidem*, p. 181.

99 *Ibidem*, p. 183.

100 *Ibidem*, p. 176.

101 *Ibidem*, p. 184.

102 *Ibidem*, p. 185.

103 *Ibidem*, p. 203.

104 *Ibidem*, p. 214.

105 *Ibidem*, p. 217.

106 *Ibidem*, p. 219.

107 *Ibidem*, pp. 198 y 208.

108 *Ibidem*, p. 183.

La evidente intención de disociar a Olagüe y a González Ferrín y su condescendencia respecto al máximo valedor actual del negacionismo no es, ni mucho menos, casual, sino que se corresponde con la adopción por Martínez Enamorado del precepto que conforma el núcleo central del fraude: el rechazo de la noción de conquista como origen de al-Ándalus. Este aspecto constituye, a mi juicio, la principal contribución de Virgilio Martínez Enamorado a la difusión del fenómeno negacionista.

Su posición a este respecto no admite muchos matices: descarta “rotundamente” la conquista (“esa manera de entender los años iniciales de al-Ándalus”), concepto que no sólo califica como “insuficiente”, sino, más aún, como “tramposo”¹⁰⁹, ya que, a su juicio, el empleo del mismo “termina por desvirtuar gravemente el proceso histórico que se abre en esas fechas”, llegando a convertir el proceso “en algo ininteligible”¹¹⁰.

El frontal rechazo a la idea de conquista como origen de al-Ándalus, formulado en unos términos mucho más explícitos y rotundos que los expresados por los propios promotores del fraude, tiene uno de sus argumentos centrales en la afirmación de la incapacidad del Estado Omeya de Damasco para dirigir o controlar un proceso de ese tipo. Según sus propias palabras, la posibilidad de que dicho Estado pudiera organizar “desde la lejanía” una armada sería un mero “desideratum”¹¹¹. De nuevo, en este caso, se aprecia la dependencia de los planteamientos de González Ferrín, el cual ya vinculaba en 2006 su rechazo de la conquista a la inexistencia de un Estado: “neguemos, por lo tanto, la invasión en su sentido estricto, así como la conquista tal y como interpretamos una conquista: un Estado invade a otro y consolida en él sus modos sociales después de ensayar con éxito sus formas coercitivas. No ocurrió de ese modo”¹¹².

Ese argumento geográfico, la lejanía, representa otro elemento común entre los planteamientos de Martínez Enamorado y los negacionistas: “la distancia impide que entre el centro rector de Oriente y las remotas regiones conquistadas las directrices emanadas de aquel se pudieran cumplir a rajatabla, si no eran muy generales”¹¹³. El propio Olagüe ya se remitió a este argumento para negar “la pretendida invasión árabe”, título del primer capítulo de su obra, en el que señalaba que “se nos quiere convencer” que desde una base “tan poco segura” como Alejandría los árabes pudieron conquistar Túnez, “cuya capital, Cartago, se haya a 3 000 kilómetros de distancia”. Poco más adelante y con el mismo propósito, Olagüe insistía en recordar la gran lejanía (2 000 kilómetros) entre Cartago y Tánger¹¹⁴. Martínez Enamorado se posiciona, así, a sólo un paso de las “caballerías milagrosas” de las que habla González Ferrín.

No pudiendo haber existido, debido a la incapacidad del Estado Omeya y a la lejanía, una acción militar dirigida ni coordinada, nos situamos en un plano conceptual muy distinto al de una conquista, definido por Martínez Enamorado en términos de “pactos entre grupos clánicos”¹¹⁵. El recurso a lo clánico para cuestionar la idea de conquista es otro argumento que copia de González Ferrín, el cual afirmaba que el origen de al-Ándalus “partía de una amalgama previa y secuenciales movimientos migratorios en un siglo difícil, el del 700”, de tal modo que no habría guerra, sino “clientelismo: ofrecimiento de cierta defensa en

109 *Ibidem*, p. 207.

110 *Ibidem*, p. 203.

111 *Ibidem*, p. 209.

112 E. González Ferrín, *Historia general de Al Ándalus...*, p. 167.

113 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 207.

114 I. Olagüe, *La revolución islámica en Occidente*, Córdoba, Plurabelle, 2004, pp. 12-13.

115 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 209.

tiempos confusos”. La conquista musulmana se limitaría, por lo tanto, a haber sido una mera “aventura iniciada por un grupo de norteafricanos sin consultar con un alto mando que ni siquiera estaría establecido como tal”, de manera que, más que de “una conquista o invasión premeditada”, estaríamos ante una “larga secuencia de aventuras aisladas”¹¹⁶.

En definitiva, la idea de conquista como origen de al-Ándalus queda reducida, en palabras de Martínez Enamorado, a la categoría de un mero prejuicio, que se une a la lista de otros ya previamente formulados en relación con el origen de al-Ándalus y que, al igual que ellos, no sirve “ni de lejos para definir cabalmente los acontecimientos”¹¹⁷. No parece necesario añadir mucho más para apreciar la clara apuesta de Martínez Enamorado por una visión del origen de al-Ándalus que se asemeja mucho más de lo que se diferencia de la que en su día expuso González Ferrín basándose en los disparates de Olagüe.

5. OBSERVACIONES FINALES

Pese a su aparente posición crítica frente a Olagüe, cabe afirmar que Martínez Enamorado contribuye de manera decisiva a legitimar y fortalecer los planteamientos y las ideas de los autores que actualmente promueven y sostienen el fraude negacionista. A mi juicio, hay tres razones que así permiten afirmarlo.

En primer lugar, niega la existencia de un fenómeno historiográfico relacionado con el estudio de los orígenes de al-Ándalus que pueda designarse como “negacionismo”, no sólo por su total falta de relieve académico, sino por la inadecuación de dicha denominación. Lo que en 2013 definí como un fraude sería, por lo tanto, un mero “espantajo”. Se trata, en realidad, del primer requisito para legitimarlo ya que, al no existir, no cabe crítica posible.

Esta estrategia le permite, acto seguido, ratificar los argumentos centrales que vertebran los postulados negacionistas. Para ello, en primer lugar, se remite a la supuesta naturaleza difusa del conocimiento histórico y de la profesión de historiador, lo cual acompaña de un fuerte discurso antiacadémico dirigido, por un lado, a desprestigiar a la Universidad y, por otro, a afirmar la existencia de una práctica historiográfica perfectamente válida realizada por aficionados que trabajan fuera del marco académico y carecen de la cualificación necesaria (la plena capacidad investigadora). Esta forma de entender la práctica historiográfica podrá servir, entre otras cosas, para legitimar la actividad realizada por Olagüe, un diletante al que, aparentemente, Martínez Enamorado critica.

En tercer lugar y de manera explícita, Martínez Enamorado rechaza de manera frontal la operatividad de la idea de conquista como origen de al-Ándalus, un concepto no sólo “insuficiente”, sino “tramposo”, que “no sirve ni de lejos para definir cabalmente los acontecimientos”. Se trata, sin duda, del aspecto que revela de forma más explícita la convergencia de los planteamientos de Martínez Enamorado con Olagüe y González Ferrín.

Si en 1969 Olagüe firmaba el acta de nacimiento del negacionismo y en 2006 González Ferrín lo homologaba en las aulas universitarias, creo que hay razones para afirmar que el año 2016 se erige en la tercera fecha determinante en la evolución de este fraude historiográfico. Utilizando la terminología impuesta por los pedagogos, tan difundida en los centros de enseñanza secundaria, cabría decir que el fraude “progresó adecuadamente”.

116 E. González Ferrín, *Historia general de Al Ándalus...*, pp. 88, 148, 173 y 185.

117 V. Martínez Enamorado, *Albahri*, 2 (2016), p. 217.